



D5110

63

U. 2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



CAPÍTULO I.

LAMARTINE ACERCÁNDOSE Á JERUSALEN,

VISTA GENERAL DE LA CIUDAD.

EL 28 de Octubre de 1832 á las cinco de la mañana salimos del desierto de San Juan Bautista; subimos una montaña toda sembrada de peñas pardas enormes, amontonadas unas sobre otras, como si el martillo las hubiera quebrado. Algunas viñas rastreras, cuyas hojas amarillea el otoño, se arrastran en algunos pequeños campos cultivados en los intervalos de las rocas, y entre esas viñas se alzan algunas torres enormes de piedras, semejantes á las que menciona el *Cánti-*

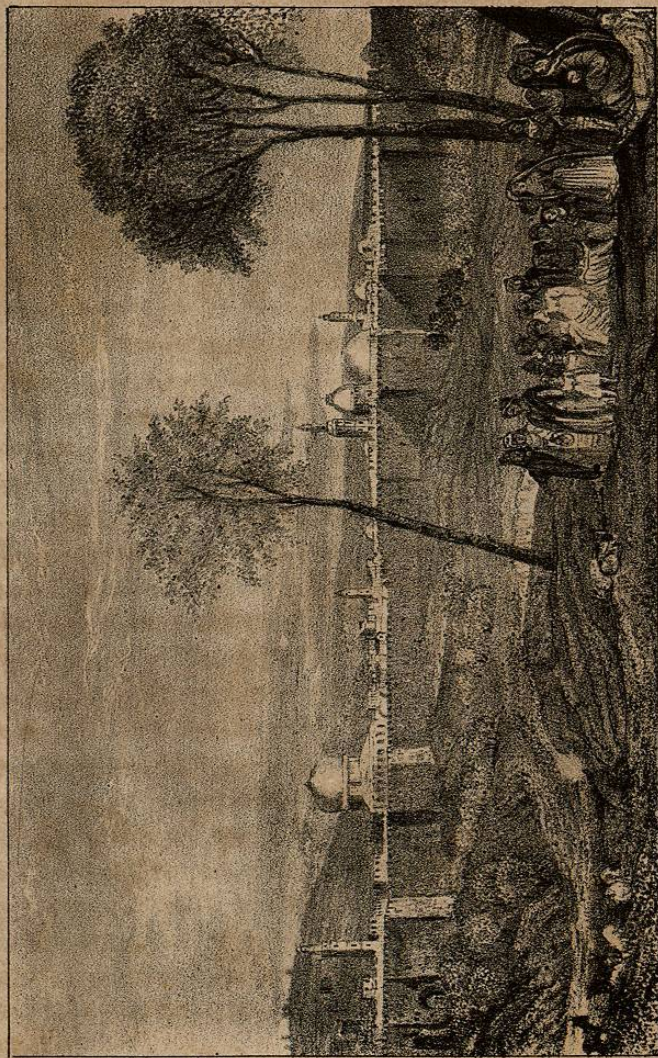
011106

co de los Cánticos.--Algunas higueras, cuya cima carece ya de hojas, vegetan en los límites de la viña, y dejan caer sus higos negros sobre las peñas. A nuestra derecha el desierto de San Juan, donde resonó la Voz, *que clamaba en el desierto*, se abre como un inmenso abismo entre cinco ó seis montañas altas y negras, y en el intervalo que dejan sus cumbres pedregosas, se entreabre á nuestros ojos el horizonte del mar de Egipto, cubierto por una niebla pardusca. A nuestra izquierda tenemos muy inmediata una ruina de torre ó castillo antiguo, sobre la punta de un cerrito muy elevado, que va pelándose, como todo lo que lo rodea: se distinguen algunas otras ruinas, semejantes á los arcos de un acueducto, que bajan del castillo: en el declive del cerro crecen á sus piés algunas cepas, y tienden sobre esos arcos desplomados algunas bóvedas de verdura pálida y amarillenta: uno ó dos terebintos crecen aislados entre los escombros. Es *Modin*, el castillo y sepulcro de los últimos hombres heroicos de la Historia Sagrada, de los macabeos. Dejamos atrás sus ruinas, en que reverberan los primeros rayos del día. Estos rayos no se funden como en Europa, en una claridad vaga y confusa, en una irradiación universal y espléndida, sino que se lanzan desde las montañas que nos ocultan á Jerusalen, como flechas de fuego, de diferentes colores, reunidos en un centro y divergentes en el cielo. Unos son de un azul ligeramente argentado, otros de un blanco puro; estos de un rosado suave y pálido en sus estremidades; aquellos de un color de fuego ardiente, como los rayos de

un incendio. Divididos y á la vez combinados armoniosamente por tintas sucesivas y degradadas, parecen un brillante arco-iris, cuyo círculo se hubiera roto en el firmamento, diseminándolo en los aires. Esta es la tercera vez que este bello fenómeno de la salida ó puesta del sol se nos presenta con tal aspecto, desde que estamos en la region montañosa de Galilea y de Judea. Es la aurora ó la tarde, segun las representan los pintores antiguos, imágenes que parecerian falsas á quien no ha visto la realidad. A medida que sube el sol, el brillo distinto y el color azulado ó ardiente de cada barra luminosa, se debilita y al fin se funde en la iluminación general de la atmósfera; y la luna, que estaba suspensa sobre nuestras cabezas, todavía rosada y de color de fuego, se borra, toma un color nacarado y se abisma en la profundidad del cielo, como un disco de plata, cuyo color se eclipsa al ir sumergiéndose en una agua profunda.

Después de haber trepado á otra montaña, todavía mas alta y pelada que la primera, se abre de repente el horizonte á la derecha, y deja ver todo el espacio que se estiende entre las últimas cumbres de la Judea, en que estamos, y la alta cordillera de las montañas de Arabia. Este espacio está ya inundado por la luz ondulante y vaporosa de la mañana; mas allá de las colinas inferiores que tenemos á los piés, trastornadas y rotas en trozos de peñas pardas y martajadas, ya solo distingue la vista un espacio deslumbrador, tan parecido á un vasto mar, que nuestra ilusión fué completa, y creimos discernir los in-

tervalos de sombra y luz argentada que produce la aurora sobre la superficie de una mar serena. En las orillas de aquel oceano imaginario, un poco á la izquierda de nuestro horizonte, y como á una legua de distancia, brillaba el sol sobre una torre cuadrada, sobre un minareto alto, y sobre las grandes paredes amarillas de algunos edificios que coronan la cumbre de una colina baja, y cuya base nos ocultaba la misma colina. Pero en algunas puntas de minaretos, en algunas almenas de muros mas elevados, y en las cimas negras y azules de algunas cúpulas que piramidaban detras de la torre y del minareto mayor, se reconocia una ciudad, de la que solo podiamos descubrir la parte mas alta, situada en la pendiente de la colina. No podia ser otra que Jerusalem: nos creiamos todavia mas distantes; y cada uno, sin atreverse a preguntar al guia por no esponerse á ver disipada su ilusion, gozaba en silencio aquella primera mirada que echaba con disimulo á la ciudad, y todo me inspiraba el nombre de ¡Jerusalen! Era ella: sus contornos de un amarillo oscuro y apagado, se dibujaban sobre el fondo azul del firmamento y sobre el fondo negro del monte de los Olivos. Detuvimos nuestros caballos para contemplarla en aquella aparicion refulgente y misteriosa. Cada paso que diéramos para bajar á los valles profundos y sombríos que teniamos debajo, la ocultaria de nuevo á nuestros ojos. Tras de aquellas paredes altas y cúpulas chatas de Jerusalem, se alzaba una colina grande, mas renegrida que la que sostenia y ocultaba á la ciu-



Jerusalen en un momento de la creación.

dad: esta segunda colina limitaba nuestro horizonte. El sol dejaba en la sombra su lado occidental; pero iluminando su cima, semejante á una gran cúpula, parecia hacer nadar en la luz su cúspide trasparente, y solo se conocia el límite indeciso de la tierra y del cielo, en algunos árboles grandes y negros, plantados sobre la cumbre mas alta, y por entre los cuales introducía sus rayos el sol. ¡Era el monte de los Olivos; eran los propios olivos, testigos ancianos de tantos dias escritos en la tierra y en el cielo, regados con lágrimas divinas, con sudor de sangre y con tantas diversas lágrimas y sudores, desde la noche que los dejó consagrados! Se distinguian confusamente algunos otros que formaban manchas oscuras en el declive de la colina, y luego los muros de Jerusalem cortaban el horizonte, ocultando el pié del Monte Sagrado. Mas cerca de nosotros y á nuestra inmediata vista, solo teniamos el desierto pedregoso que sirve de entrada á la ciudad de piedras: estas piedras enormes y fundidas, de un color ceniciento uniforme, se extienden sin interrupcion desde el lugar en que estábamos hasta las puertas de Jerusalem. Las colinas bajan y suben, y entre ellas circulan y serpentean valles estrechos, algunos de los cuales se extienden aquí y allá, como para engañar la vista humana, prometiéndola vegetacion y vida; pero todo es de piedra, colinas, valles y llanuras: es una sola capa de rocas fundidas, con diez ó doce piés de grueso, que solo dejan entre sí un intervalo suficiente para que un reptil se arastre, ó se rom-

pa la pierna el camello que la introduzca. El que se figure paredes enormes de piedras colosales, como la del coliseo ó de los grandes teatros romanos, desplomándose de un golpe y cubriendo con sus lienzos inmensos y fundidos la tierra que los sostiene, formará una idea exacta de la capa y naturaleza de las rocas que cubren por donde quiera estos últimos baluartes de la ciudad del desierto. Los pasos postreros ántes que se descubra Jerusalem, están ahondados en medio de una calle inmóvil y fúnebre de esos peñascos, que se elevan diez piés sobre la cabeza del viagero, y solo dejan ver la parte del cielo que se tiene encima. Estábamos en esta calle postrera y lúgubre, y llevábamos un cuarto de hora de seguirla, cuando los peñascos se abrieron de repente á derecha é izquierda, dejándonos frente á frente con las murallas de Jerusalem, á las que casi estábamos tocando sin saberlo. Solo un espacio de algunos centenares de pasos nos separaba de la puerta de Belen: este espacio árido y ondulado, como las esplanadas que rodean de léjos á las plazas fuertes de Europa, y desolado como ellas, se inclinaba suavemente á la derecha, formando un pequeño valle, y á la izquierda sostenía cinco troncos viejos de olivos, medio rendidos bajo el peso del tiempo y de los soles, árboles, por decirlo así, petrificados, como los campos estériles en que difícilmente han nacido. No entramos á la ciudad, y torciendo á la izquierda, bajamos lentamente, siguiendo la línea de las murallas elevadas, construidas mas allá de una barranca profunda ó foso, en que

de cuando en cuando percibíamos las piedras fundamentales del antiguo recinto de Herodes. A cada paso hallábamos cementerios turcos, en que blanqueaba una multitud de monumentos fúnebres, coronados por turbantes.

A la mitad del descenso que nos conducía al Cedron y al pié del monte de los Olivos, vimos una gruta profunda, abierta no léjos de los fosos de la ciudad, bajo un montecillo de roca amarillenta. No quise detenerme á examinarla: ¡yo queria ver desde luego á Jerusalem, y solo á ella, y á ella entera; abrazar con una sola mirada sus valles y sus colinas, su Cedron y su Josafat, su templo y su sepulcro, sus ruinas y su horizonte!

Pasamos despues ante un bello monumento del gusto arábigo, la puerta de Damasco, flanqueada por dos torres, abierta en un arco elíptico ancho, alto y elegante, y coronada con almenas arabescas, en forma de turbantes de piedra. Luego torcimos á la derecha contra el ángulo de los muros que forman al Norte un cuadrado regular, y llevando á la izquierda el valle oscuro y profundo de Getsemaní, cuyo fondo ocupa y llena el torrente seco de Cedron, seguimos hasta la puerta de San Esteban un sendero estrecho pegado á las murallas, interrumpido por dos hermosas piscinas, en una de las cuales curó Cristo al paralítico. Este sendero se halla como colgado en un horizonte estrecho, que domina el precipicio de Getsemaní y el valle de Josafat; en la puerta de San Esteban lo interrumpe la línea de los terrados perpendiculares que sostenían el

templo de Salomon, y hoy sostienen la mezquita de Omar; y un declive ancho y rápido baja de repente á la izquierda hácia el puente que atraviesa el Cedron, y conduce á Getsemani y al huerto de los Olivos.

Monté otra vez á caballo, y volviendo la cabeza continuamente para descubrir alguna otra cosa en el valle y en la ciudad, subí en un cuarto de hora al monte de los Olivos. Cada paso que daba mi caballo en aquella subida me descubría un barrio, un edificio mas de Jerusalem. Llegué á la cumbre, coronada por una mezquita ruinosa, que cubre el parage de que Cristo se elevó al cielo despues de su resurreccion; y decliné un poco á la izquierda para llegar junto á dos columnas rotas, tiradas en el suelo á los piés de algunos olivos, en una meseta que domina á Jerusalem, á Sion, á los valles de S. Sabá que conducen al mar Muerto, y aun al mar Muerto mismo, que desde allí se ve resplandecer entre las cimas de las montañas y el horizonte inmenso y variado con diversas cumbres, que termina en los montes de Arabia. Senteme: he aquí la escena que tengo delante.

El monte de los Olivos, en cuya cumbre estoy sentado, baja con pendiente abrupta y rápida hasta el profundo abismo que lo separa de Jerusalem y que se llama el valle de Josafat. En el fondo de este valle estrecho y sombrío, cuyos lados estériles se hallan salpicados de piedras negras y blancas, piedras fúnebres de la muerte, con que se hallan empedrados casi por todas partes, se alza una inmensa colina, cuya inclina-

cion rápida se parece á la de un baluarte derrumbado; ningun árbol puede plantar en ellas sus raices; ni aun el musgo puede agarrarse allí con sus filamentos; el declive es tan áspero, que las piedras y aun la tierra se desploman continuamente por él, y solo presenta á la vista una superficie de polvo árido y desecado, semejante a un cúmulo de cenizas arrojadas de la ciudad. Hácia el medio de esta colina ó baluarte natural, nacen unas murallas altas y fuertes, de piedras grandes y no emparejadas en su frente exterior, ocultando sus cimientos romanos y hebreos bajo esa misma ceniza que cubre sus piés, y se elevan cincuenta, cien, y mas léjos, doscientos ó trescientos piés sobre esta base de tierra. En las murallas hay tres puertas, dos de las cuales se hallan tapiadas, y la única que tenemos abierta delante, parece tan vacía y desierta, como si solo condujese á una ciudad inhabitada. Los muros se elevan todavía mas sobre esas puertas, y sostienen un terrado vasto, que se estiende sobre dos tercios del largo de Jerusalem, por el lado que mira al Oriente. Ese terrado puede tener mil piés de largo, y quinientos ó seiscientos de ancho: está casi á un perfecto nivel, ménos en su centro, donde baja insensiblemente, como para recordar á la vista el valle poco profundo, que ántes separaba la colina de Sion de la ciudad de Jerusalem. Esa magnífica plataforma, preparada sin duda por la naturaleza, pero evidentemente acabada por la mano del hombre, era el pedestal sublime en que se elevaba el templo de Salomon: hoy sostiene dos mezqui-

tas turcas; una, *El-Sakara*, en el centro de la plataforma, en el mismo sitio en que debia estenderse el templo; la otra, en la estremidad sud-este del terrado, tocando á los muros de la ciudad. La mezquita de Omar, ó *El Sakara*, edificio admirable de arquitectura arábiga, es una masa de piedra y mármol de inmensas dimensiones, con ocho frentes, todos adornados con siete arcos terminados en media elipse. Sobre este primer órden de arquitectura, está un techo plano, de que sale otro órden de arcos mas estrechos, terminado por una cúpula graciosa cubierta de cobre, que estaba dorada en otro tiempo. Las paredes de la mezquita están revestidas de esmalte azul; á derecha é izquierda se estienden grandes atrios, terminados por ligeras columnatas moriscas, correspondientes á las ocho puertas de la mezquita. Mas allá de esos arcos separados de todo edificio, continúan las plataformas, y terminan una en la parte septentrional de la ciudad, y otra en los muros á la parte del Sur. Algunos cipreses altos, diseminados como á la casualidad; algunos olivos y arbustos verdes y graciosos que crecen aquí y allá entre las mezquitas, realzan su elegante arquitectura y el color brillante de sus paredes, con la forma piramidal y la verdura sombría que se dibujan sobre las fachadas de los templos y las cúpulas de la ciudad.

Mas allá de las dos mezquitas y del antiguo sitio del templo, Jerusalem toda entera se estiende y brota, por decirlo así, ante nosotros, sin que la vista pueda perder ni un techo ni una piedra suya, y como el plano de una ciu-

dad en relieve, que desplegara sobre la mesa el artista. No es como nos la han figurado, un monton informe y confuso de ruinas y cenizas, sobre el que están dispersas algunas chozas de árabes, ó plantadas algunas tiendas de beduinos: no como Atenas, caos de polvo y muros desplomados, en que el viagero busca en vano la sombra de los edificios, la señal de las calles, la vision de una ciudad, sino una ciudad que resplandece con luz y color; que presenta noblemente á la vista sus muros intactos y almenados, su mezquita azul con sus columnatas blancas, sus millares de cúpulas resplandecientes, sobre las cuales cae y se repercute en vapor que deslumbra, la luz de un sol de otoño; con las fachadas de sus casas teñidas, por el tiempo y los estíos, con el color amarillo y dorado que distingue á los edificios de Pæstum ó de Roma; con sus torres viejas, defensoras de sus murallas, á las que no falta ni una piedra, ni una tronera ni una almena; y por fin, en medio de aquel oceano de casas y de aquella nube de cupulitas que las cubren, se alza una cúpula negra y achatada, mayor que las otras, dominada por otra cúpula blanca: son el Santo Sepulcro y el Calvario. Desde aquí se ven confundidos y como ahogados en el inmenso dédalo de cúpulas, edificios y calles que los rodean, y es difícil comprender así las posiciones del Calvario y del Sepulcro, que segun las ideas que nos dá el Evangelio, deberian estar en una colina apartada fuera de los muros, y no en el centro de Jerusalem. La ciudad, estrechada por la parte de Sion, se habrá sin duda ensanchado hacia el